Notas de Elena G. de White

Lección 10
5 de Marzo de 2011

Los celos

Sábado 26 de febrero

Los celos causaron la primera muerte en nuestro mundo... Todo egoísmo proviene de Satanás. Los seres humanos pertenecen a una gran familia, la familia de Dios. Deben respetarse unos a otros. No han de hablar palabras que ofendan y hieran. Nadie debe actuar injustamente, y hacer así que sus semejantes le pierdan la confianza. El egoísmo y la injusticia producen infelicidad. Bajo su nefasta influencia los seres humanos pierden el sentido de lo que significa amarse unos a otros como Cristo los amó (***Exaltad a Jesús*, p. 286**).

Los que aman a Dios no pueden abrigar odio o envidia. Mientras que el principio celestial del amor eterno llena el corazón, fluirá a los demás, no simplemente porque se reciban favores de ellos, sino porque el amor es el principio de acción, y modifica el carácter, gobierna los impulsos, domina las pasiones, subyuga la enemistad y eleva y ennoblece los afectos. Este amor no se reduce a incluir solamente "a mí y a los míos", sino que es tan amplio como el mundo y tan alto como el cielo, y está en armonía con el de los activos ángeles. Este amor, albergado en el alma, suaviza la vida entera, y hace sentir su influencia en todo su alrededor. Poseyéndolo, no podemos sino ser felices, sea que la fortuna nos favorezca o nos sea contraria. Si amamos a Dios de todo nuestro corazón, debemos amar también a sus hijos. Este amor es el Espíritu de Dios. Es el adorno celestial que da verdadera nobleza y dignidad al alma y asemeja nuestra vida a la del Maestro. Cualesquiera que sean las buenas cualidades que tengamos, por honorables y refinados que nos consideremos, si el alma no está bautizada con la gracia celestial del amor hacia Dios y hacia nuestros semejantes, nos falta verdadera bondad, y no estamos listos para el cielo, donde todo es amor y unidad (***Testimonios para la iglesia*, tomo 4, p. 221**).

La envidia y los celos son enfermedades que alteran todas las facultades del ser. Se originaron con Satanás en el paraíso... Aquellos que escuchan su voz, rebajarán a otros y los desfigurarán y falsificarán a fin de hacerse la propaganda a sí mismos. Pero ninguna cosa que contamina puede entrar en el cielo; a menos que aquellos que fomenten este espíritu sean cambiados, nunca podrán entrar allí, porque criticarían a los mismos ángeles. Envidiarían la corona de otro. No sabrían de qué hablar, a menos que pudieran traer a consideración los errores y las imperfecciones de los demás.

¡Ojalá que los tales puedan ser transformados contemplando a Cristo! ¡Ojalá que lleguen a ser mansos y humildes aprendiendo de él! Ellos podrían salir, no como misioneros de Satanás, para causar desunión y alejamiento, para quebrantar y mutilar el carácter, sino como misioneros de Cristo, para ser pacificadores y restaurar. Dejad que el Espíritu Santo entre y expulse esta pasión no santificada, que no puede sobrevivir en el cielo. Dejad que muera; dejad que sea crucificada. Abrid el corazón a los atributos de Cristo, quien fue santo, inocente y puro (***Nuestra elevada vocación,* p. 236**).

Domingo 27 de febrero:
En la raíz del mal

Lucifer estaba envidioso y tenía celos de Jesucristo. No obstante, cuando todos los ángeles se inclinaron ante él para reconocer su supremacía, gran autoridad y derecho de gobernar, se inclinó con ellos, pero su corazón estaba lleno de envidia y odio. Cristo formaba parte del consejo especial de Dios para considerar sus planes, mientras Lucifer los desconocía. No comprendía, ni se le permitía conocer los propósitos de Dios. En cambio Cristo era reconocido como Soberano del cielo, con poder y autoridad iguales a los de Dios. Lucifer creyó que él era favorito en el cielo entre los ángeles. Había sido sumamente exaltado, pero eso no despertó en él ni gratitud ni alabanzas a su Creador. Aspiraba llegar a la altura de Dios mismo. Se glorificaba en su propia exaltación. Sabía que los ángeles lo honraban. Tenía una misión especial que cumplir. Había estado cerca del gran Creador y los persistentes rayos de la gloriosa luz que rodeaban al Dios eterno habían resplandecido especialmente sobre él. Pensó en cómo los ángeles habían obedecido sus órdenes con placentera celeridad. ¿No eran sus vestiduras brillantes y hermosas? ¿Por qué había que honrar a Cristo más que a él? (***La historia de la redención,* p. 14**).

La envidia no es simplemente una perversión del carácter, sino un disturbio que trastorna todas las facultades. Empezó con Satanás. Él deseaba ser el primero en el cielo, y, porque no podía tener todo el poder y la gloria que buscaba, se

rebeló contra el gobierno de Dios. Envidió a nuestros primeros padres, y los indujo a pecar, y así los arruinó a ellos y a toda la familia humana.

El hombre envidioso cierra los ojos para no ver las buenas cualidades y nobles acciones de los demás. Está siempre listo para despreciar y representar falsamente lo excelente. Con frecuencia los hombres confiesan y abandonan otras faltas; pero poco puede esperarse del envidioso. Puesto que el envidiar a una persona es admitir que ella es superior, el orgullo no permitirá ninguna concesión. Si se hace un esfuerzo para convencer de su pecado a la persona envidiosa, se exacerba aún más contra el objeto de su pasión, y con demasiada frecuencia permanece incurable.

El envidioso difunde veneno dondequiera que vaya, enajenando amigos, y levantando odio y rebelión contra Dios y los hombres. Trata de que se le considere el mejor y el mayor, no mediante esfuerzos heroicos y abnegados para alcanzar el blanco de la excelencia él mismo, sino permaneciendo donde está, y disminuyendo el mérito de los esfuerzos ajenos (***Joyas de los testimonios*, tomo 2, p. 19**).

La envidia es hija del orgullo, y si se la alberga en el corazón, provocará actos crueles, odio, venganza y homicidio. El gran conflicto entre Cristo y el príncipe de las tinieblas se lleva a cabo en la vida práctica cotidiana. David había llegado a ser ahora el objeto del odio del rey. ¡Cuán poco comprendía el alma oscurecida de Saúl las providencias y propósitos de Dios! Si hubiera tenido la correcta comprensión del carácter del gran YO SOY, hubiera sabido que no podía obstaculizar los propósitos del Todopoderoso (***Signs of the Times*, 17 de agosto, 1888**).

Lunes 28 de febrero:
Los hermanos de José

De los doce hijos de Jacob, José era el objeto de su amor especial porque era el hijo de su amada esposa Raquel, uno de los hijos de la vejez, y además era de hermoso parecer. Sus hijos mayores ya eran adultos y habían desarrollado caracteres agresivos, lo que los llevaba a pelear continuamente entre ellos; no eran justos ni benevolentes con los demás. Por otra parte, las diversas madres, que también tenían celos y envidia entre ellas —lo que hacía la relación familiar miserable— habían inculcado en la mente y el corazón de sus hijos, por precepto y por ejemplo, la venganza, los celos y la agresividad. Su odio y deseos de revancha por tanto tiempo acariciados, no le permitían soportar la más mínima provocación. La poligamia siempre ha traído esos malos resultados...

No era un secreto que Jacob favorecía a José; y la hermosa túnica de colores que le había dado, era una clara evidencia de su favoritismo. Esto fue suficiente razón para ellos para albergar celos, odio y venganza en sus corazones (***Signs of the Times*, 18 de diciembre, 1879**).

A los hermanos de José les resultaba algo común mostrar un odio mortal. Sus peleas violentas habían encallecido sus sentimientos y la continua práctica de ese pecado había debilitado sus conciencias de tal manera que la siguiente tentación a la violencia les resultaba más fácil de aceptar. De esta manera ocurre siempre: la indulgencia en el primer pecado y una continuada repetición del mismo, produce una cosecha de crímenes. Estos hombres, sin tener en cuenta las consecuencias, habían ido paso a paso endureciendo sus corazones hasta que el espíritu de Caín, con todas sus intenciones y propósitos, se había apoderado de ellos. Debido a que en ocasiones anteriores José había informado sus malas acciones, lo consideraban un espía, y ya habían decidido que si la ocasión se presentaba favorable, lo asesinarían. "Y dijeron el uno al otro: He aquí viene el soñador. Ahora pues, venid, y matémosle y echémosle en una cisterna, y diremos: Alguna mala bestia lo devoró; y veremos qué será de sus sueños" (Génesis 37:19, 20) (***Signs of the Times*, 18 de diciembre, 1879**).

José ejemplifica a Cristo. Jesús vino a los suyos, pero los suyos no lo recibieron. Fue rechazado y despreciado porque sus obras eran justas, y su vida consecuente y abnegada era un reproche continuo para los que profesaban piedad pero cuyas vidas eran corruptas. La integridad y la virtud de José fueron terriblemente atacadas y no prevaleció la mujer que quiso descarriarlo; por lo tanto, se robusteció su odio contra la virtud y la integridad que ella no pudo corromper, y testificó falsamente contra él. El inocente sufrió debido a su rectitud. Fue arrojado en la prisión a causa de su virtud. José fue vendido a sus enemigos por sus propios hermanos por una pequeña suma de dinero. El Hijo de Dios fue vendido a sus más acérrimos enemigos por uno de sus propios discípulos. Jesús fue manso y santo. La suya fue una vida sin par de abnegación, bondad y santidad. No fue culpable de ninguna falta. Sin embargo, fueron sobornados falsos testigos para que testificaran contra él. Fue aborrecido porque había reprochado fielmente el pecado y la corrupción. Los hermanos de José lo desnudaron de su túnica multicolor. Los verdugos de Cristo echaron suertes sobre su túnica sin costura (***Comentario bíblico adventista*, tomo 1, p. 1110**).

Martes 1 de marzo:
Saúl tuvo celos de David —parte 1

El carácter de Saúl era contradictorio; se combinaban tanto la fuerza como la debilidad. Le habían sido concedidos muchos talentos, que si los hubiera con-

sagrado plenamente a Dios no se hubiera deshonrado a sí mismo con sus transgresiones. Esos elementos contradictorios de su carácter lo llevaban a ponerse en contra de los propósitos divinos. En ocasiones era sencillo y simple, pero cambiaba rápidamente y su espíritu era controlado por los celos. Era tierno y lleno de simpatía hacia quienes lo agradaban, hasta el momento en que se tornaba injusto y cruel hasta con sus mejores amigos. La música sagrada y vocal despertaba su espíritu de devoción, lo que se manifestaba en expresiones elocuentes y en éxtasis de adoración y alabanza. Mientras estaba en ese estado de paroxismo y excitación, no descansaba ni día ni noche hasta que su fuerza se agotaba y quedaba exhausto. Entonces volvía a su actitud anterior, y si alguien se interponía a su voluntad se enfurecía y hablaba y actuaba de una manera que lo deshonraba a él, y aun más a Dios. El bien y el mal entraban en colisión, y este último obtenía la supremacía (***Manuscript Releases,* tomo 26, p. 28**).

Uno de los mayores defectos del carácter de Saúl era su amor al favor popular y al ensalzamiento. Este rasgo había ejercido una influencia dominante sobre sus acciones y pensamientos; todo llevaba la marca indeleble de su deseo de alabanza y ensalzamiento propio. Su norma de lo bueno y lo malo era la norma baja del aplauso popular. Ningún hombre está seguro cuando vive para agradar a los hombres, y no busca primeramente la manera de obtener la aprobación de Dios. Saúl ambicionaba ser el primero en la estima de los hombres; y cuando oyó esta canción de alabanza, se asentó en la mente del rey la convicción de que David conquistaría el corazón del pueblo, y reinaría en su lugar (***Patriarcas y profetas,* p. 704**).

Aunque Saúl estaba siempre alerta y en busca de una oportunidad para matar a David, vivía temiéndole, en vista de que evidentemente el Señor estaba con él. El carácter intachable de David provocaba la ira del rey; consideraba que la misma vida y presencia de David significaban un reproche para él, puesto que dejaba a su propio carácter en contraste desventajoso.

La envidia hacía a Saúl desgraciado, y ponía en peligro al humilde súbdito de su trono. ¡Cuánto daño indecible ha producido en nuestro mundo este mal rasgo de carácter! Había en el corazón de Saúl la misma enemistad que incitó el corazón de Caín contra su hermano Abel, porque las obras de Abel eran justas, y Dios le honraba, mientras que las de Caín eran malas, y el Señor no podía bendecirle. La envidia es hija del orgullo, y si se la abriga en el corazón, conducirá al odio, y eventualmente a la venganza y al homicidio. Satanás ponía de manifiesto su propio carácter al excitar la furia de Saúl contra aquel que jamás le había hecho daño (***Patriarcas y profetas,* pp. 705, 706**).

Miércoles 2 de marzo:
Saúl tuvo celos de David —parte 2

En la confesión de Saúl no se mostraba genuino arrepentimiento ni conversión del corazón. Muchos actúan de la misma manera. Han sido iluminados por el Espíritu de Dios con relación a la verdad, pero la envidia, los celos y las ambiciones no santificadas, han hecho que la luz disminuya. Algunos a quienes Dios ha bendecido con nueva luz, nuevos propósitos y corazones sinceros, han sido tentados y no pudieron resistir las insinuaciones satánicas a buscar las posiciones más elevadas y a considerar sus acciones e ideas como las mejores. En sus vidas, la luz y las tinieblas, el bien y el mal, luchan por alcanzar la victoria. ¡Cuánto mejor sería que estas almas buscaran corregir su relación con Dios y vivir en armonía con su ley! La envidia y los celos son como hermanos cuya trama se va tejiendo en el carácter. Primero se desea algo que otro tiene; entonces se utilizan todos los medios posibles para manchar el carácter y la reputación de la persona a quien se envidia. Falsedades, rumores, sospechas e informes maledicentes se hacen circular a fin de poner al envidiado en una situación desfavorable delante de la gente, y hacerlos creer que la tal persona ha privado al envidioso de las ventajas y la posición que el merece. Saúl tenía ambas cosas: envidia y celos (***Signs of the Times,* 2 de noviembre, 1888**).

Satanás se presentará en una forma admirable ante quienes pueda engañar, y se introducirá arteramente a fin de ganar su favor para apartarlos casi imperceptiblemente de Dios. Los coloca bajo su dominio, con mucha cautela al principio, hasta que sus facultades de percepción quedan nubladas. Entonces hace sugestiones más osadas, hasta que pueda inducirles a cometer casi cualquier crimen. Cuando los tiene plenamente entrampados, está dispuesto a que comprendan dónde se encuentran, y se regocija por la confusión de ellos como ocurrió en el caso de Saúl. Este había permitido voluntariamente que Satanás lo cautivara, y entonces Satanás presentó delante de Saúl una descripción correcta de su suerte. Al presentar ante Saúl una declaración correcta de su fin, por medio de la mujer de Endor, Satanás abrió un camino para que Israel fuera instruido por su astucia satánica, a fin de que éste, al rebelarse contra Dios, pudiera aprender de Satanás, y, al hacerlo, cortara el último vínculo que lo unía con Dios.

Saúl sabía que con este último acto —el de consultar a la hechicera de Endor— cortaba el último tenue vínculo que lo unía a Dios. Sabía que si antes no se había separado voluntariamente de Dios, este acto sellaba definitivamente esa separación. Había hecho un pacto con la muerte y un convenio con el infierno. La copa de su iniquidad se había colmado (***Comentario bíblico adventista,* tomo 2, pp. 1016, 1017**).

Jueves 3- de marzo:
Celos de Jesús

Cuando Cristo estaba sobre la tierra la gente se agolpaba para escucharlo. Sus palabras eran tan sencillas y claras que aun los menos ilustrados podían entenderle, y sus oyentes lo escuchaban embelesados. Esto enfurecía a los escribas y fariseos. Estaban llenos de envidia porque la gente escuchaba tan atentamente las palabras de este nuevo Maestro, y se propusieron quebrar su poder sobre la multitud. Comenzaron atacando su carácter, diciendo que había nacido en pecado, y que echaba fuera los demonios por medio del príncipe de los demonios. Así se cumplieron las palabras: "Me aborrecen sin causa" (Salmo 69:4; véase Juan 15:25). Los dirigentes judíos difamaron y persiguieron a Aquel que es "señalado entre diez mil y todo él codiciable" (***Alza tus ojos*, p. 323**).

La envidia y un profundo prejuicio llevan a sus cautivos a actos extremos. Al rechazar a Cristo, los fariseos se fueron hundiendo en la oscuridad y la superstición hasta que su odio e incredulidad los llevó a mancharse las manos de sangre para cumplir sus propósitos impíos de quitar la vida de Aquel cuyo poder infinito había rescatado a uno del sepulcro. Se habían colocado en una posición donde ningún poder divino o humano podía alcanzarlos; habían cometido el pecado contra el Espíritu Santo y no había otro medio que Dios pudiera utilizar en su caso. Su rebelión contra Cristo ya estaba establecida; para ellos, él era una piedra de tropiezo y no estaban dispuestos a que reinara sobre ellos (***Signs of the Times*, 9 de octubre, 1879**).

Entre las multitudes que escuchaban las palabras de Cristo había escribas y fariseos, saduceos y herodianos, gobernantes, sacerdotes y rabinos. La mayor parte de ellos eran hombres ambiciosos, fanáticos, mundanos, que buscaban más la alabanza de la gente que la aprobación de Dios. Ignoraban tanto las Escrituras como el poder de Dios, y en su ignorancia no tenían escrúpulos en suplantar las enseñanzas de los profetas con sus propias interpretaciones. Torcían las verdades de las Escrituras y las hacían servir a la causa del error. Eran muy celosos de su posición como maestros del pueblo y odiaban al divino Maestro quien enseñaba como quien tenía autoridad. Por eso trataban de encontrar algo con lo cual acusarlo; enviaban espías para tratar de buscar algo en sus palabras que lo condenara y silenciara para siempre a quien arrastraba multitudes tras sí (***Signs of the Times*, 7 de noviembre, 1892**).

Los fariseos arrogantes, los doctores de la ley y los escribas también lo seguían, pero con propósitos malvados: deseaban confundir al sagrado Maestro a fin de acusarlo de impostor y condenarlo a muerte. Celosos de su poder y sabiduría, encubrían su intenso odio a fin de tener oportunidad de vigilar sus palabras y

hacerle preguntas sobre varios temas, tratando de encontrar alguna herejía o contradicción que fuera la excusa para levantar cargos contra él. Habían estado presentes cuando Jesús sanó al hombre de la mano seca en un día sábado, y estos hombres que reclamaban gozar del favor divino, se enfurecieron porque Cristo se había atrevido a hacer este acto de sanamiento en el día del Señor (***Spirit of Prophecy*, tomo 2, pp. 294, 295**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática